

LA BIBLIOTECA

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA ALTERNO

SUSCRIPCIÓN

1 peseta al mes en toda España.
3 trimestre.
6 semestre.
11 año.

Extranjero, 16 francos al año.
En provincias la suscripción es por trimestres.
Toda la correspondencia y giros al Administrador.

AÑO I

MADRID

NÚM. 9

2 de Febrero de 1903

OFICINAS

CALLE DE APODACA, 16, duplicado.—APARTADO núm. 298
Cuenta corriente en el «Crédit Lyonnais».
MADRID

A NUESTROS LECTORES

Agotados los cuatro primeros números de **LA BIBLIOTECA**, se ha procedido á nueva tirada, con objeto de poder servir todas las suscripciones que llegan á nuestras oficinas. Advertimos, pues, á los que deseen suscribirse, y á los que no se les ha servido la suscripción todavía, que desde hoy hay colecciones de los hasta ahora publicados.

Toda suscripción se cuenta desde 15 de Enero, fecha en que apareció este periódico.

Encauzados ya los trabajos administrativos de esta publicación, en lo sucesivo no tendrán nuestros abonados que lamentar por nuestra parte retrasos ni omisiones en que involuntariamente habremos incurrido.

MUY IMPORTANTE

LA BIBLIOTECA, hasta la fecha, no tiene suscripciones; y, por tanto, rogamos muy encarecidamente á nuestro público que para RECLAMACIONES, PAGOS, y todo lo relacionado con Administración ó Redacción, se dirijan á nuestras oficinas, APODACA, 16, duplicado.

Los de provincias igualmente, sin olvidarse, además, de consignar en los sobres **LA BIBLIOTECA**, apartado 298. No respondemos de carta ó reclamación que no se haga en dicha forma.

Son excluidos de esta advertencia los suscriptores que se entienden directamente con nuestros corresponsales y representantes, aunque á todos significamos lo referente á la dirección de la correspondencia.

DE ARTE

LA «MISA DE REQUIEM» DE MOZART

A los pocos días de haber terminado Mozart la ópera titulada *La Flauta mágica*, la enfermedad que hacía tiempo venía padeciendo se aumentó por efecto de lo mucho que había trabajado, por lo cual no pudo asistir al estreno de su obra, que se verificó en Viena el 30 de Septiembre de 1791, alcanzando un éxito tan colosal, que se puso en escena 120 veces seguidas.

Una noche que el artista se hallaba en su cuarto viendo una de las obras del inmortal Beethoven, oyó llamar á la puerta; no bien se hubo levantado, cuan-

do se presenta ante él un desconocido que, ocultando el rostro debajo del embozo de la capa, con acento impetuoso le dijo:

—Necesito una *Misa de Requiem*; ¿qué precio queréis por vuestro trabajo?

Mozart quedó mirando fijamente al misterioso personaje, que permanecía embozado en su presencia, el cual viendo que el artista nada contestaba, le replicó: —¿Habéis oído lo que he dicho?

—Sí, señor.

—Pues entonces, haced el favor de contestarme, porque tengo prisa.

Mozart, después de meditar breves instantes, le dijo: —Cien ducados.

Al momento el desconocido sacó una bolsa llena de oro, y contando los cien ducados los colocó encima de la mesa, marchándose on seguida sin decir una palabra.

El artista no se daba cuenta de lo que le pasaba, pensando si aquello era un sueño ó una realidad; no acertaba á moverse, unas veces miraba al sitio donde el desconocido había estado, y otras al oro que se encontraba sobre la mesa que á la luz de la lámpara relumbraba como ascuas. Cuando se hubo tranquilizado, se sentó á meditar sobre tan extraña aventura. Un cúmulo de aterradores pensamientos cruzaba por su imaginación, presagándole el corazón fatales consecuencias; por lo cual, comprendiendo que aquello era un aviso del cielo, para que se preparara porque se acercaba el término de su existencia, en vez de acobardarse se llenó de valor, y desde aquel momento se puso á trabajar con la convicción de que aquella era su última obra, y por lo tanto, como mártir de su genio, que no vivía sino para el arte y la gloria, tomó la resolución de no descansar hasta que no la tuviese terminada, inspirándose en una composición religiosa que había de inmortalizar el último suspiro de su vida... ¡Oh, misera humanidad!; la gloria, como la ciencia, solo se adquiere á costa de grandes sufrimientos.

AUTORES DRAMÁTICOS



S. Álvarez Quintero

Aunque el espíritu de Mozart era fuerte, sin embargo, la débil materia se doblegó por el exceso de trabajo, como le pasa á la florecilla del campo, que no pudiendo resistir los ardientes rayos del sol en el estío, se inclina hasta tocar con sus pétalos en tierra. Así le pasó al artista; su cuerpo, debilitado por el continuo trabajo y lo mucho que había padecido moralmente, fué agravándose en su dolencia, y por lo tanto tuvo que suspender la obra.

Su esposa, por consejo de algunos amigos, le recogió la partitura y la guardó en un armario.

Al poco tiempo el artista se mejoró, y como por vía de entretenimiento escribió una cantata titulada *El elogio de la amistad*. En vista de que,

al parecer, el enfermo iba recobrando la salud, rogó á su esposa que le diese la *Misa* para continuarla, la cual accedió, pero con la condición de que no había de trabajar más que un poco cada día. Cuando la concluyó quiso oírla, y al efecto invitó á varios artistas, á los cuales les distribuyó los papeles, encargándoles que lamirasen detenidamente para que no hubiese ninguna equivocación, quedando convenidos que á los ocho días por la noche se ensayaría.

Llegó el día señalado: algunos amigos, incluso el médico, se hallaban al lado del maestro, el cual estaba sentado en un sillón con la partitura sobre las rodillas esperando á que llegase la hora. A las nueve dió principio la partición *sacra*; todos escuchaban aquella gran obra que los artistas interpretaban de una manera maravillosa. Al llegar al *Lacrimosa*, los ojos de Mozart se inundaron de lágrimas, y á los pocos momentos fué acometido de un síncope, siendo auxiliado por el médico, el cual, viendo que se acercaba el desenlace fatal, dispuso que inmediatamente llamasen á un sacerdote. Cuando éste llegó, solo tuvo tiempo de arrimar á los labios del moribundo un crucifijo, y murmurando una oración expiró en sus brazos, siendo la una de la mañana del 5 de Diciembre del año 1791.

A los nueve días de su fallecimiento, aquella obra magistral se ejecutaba en Viena por una numerosa orquesta en sufragio de su alma.

La Providencia no solo le concedió un gran talento para que fuese el *genio* que abriese al arte las puertas de la verdadera belleza, sino que quiso que se inspirase en una obra que le había de engrandecer hasta después de su muerte.

JOSÉ CORDERO FLORÁN.

LOS COMUNICATIVOS

A mí suelen serme simpáticas las personas comunicativas, pero las hay que abusan, como hace Doña Genara, la señora del principal, que sube á mi casa con dolorosa frecuencia para decirme:

—¡Ay vecino de mi alma! ¡Qué disgusto tan grande acabo de tener con Rodríguez!

ACTI

— 36 —

ACTE

Acróstico, adj. Se dice de una forma poética en la cual la primera letra de cada verso forma parte de un nombre ó palabra, compuesta de tantas letras como versos tiene la poesía.

Acrotera, f. Pedestal que está colocado entre las balaustradas, á las cuales separa.

Acta, f. Documento en que consta lo ocurrido en una sesión ó asamblea || Decisión de la autoridad pública || Deliberaciones de los Concilios || Vidas de santos.

Actena, f. Hist. Nat. Género de coleópteros.

Actenista, Hist. Nat. Género de coleópteros.

Actenode, f. Hist. Nat. Género de coleópteros.

Acteografía, f. Descripción de los pesos.

Acteográfico, adj. Relativo á la acteografía.

Acteógrafo, m. El que describe los pesos.

Actigea, f. Hist. Nat. Especie de setas ó hongos.

Actilas, f. pl. Hist. Nat. Especie de conchas.

Actinanta, f. Bot. Género de plantas de la familia de las umbelíferas.

Actinenquimo, m. Bot. Se dice del tejido celular de los vegetales, cuando está dispuesto en forma de radios.

Actinia, f. Bot. Planta corimbifera || Historia Natural. Especie de pólipos carnosos, dispuestos en forma de radios, con innumerables palpos de vistosos colores.

Actinidias, Bot. Género de dilemáceas, especie propia de la India.

Actininos, Hist. Nat. Familia de pólipos, llamados también anémona marina.

Actiniforme, adj. Hist. Nat. Cosa que está dispuesta en forma de radios.

Actinobolismo, m. Med. Palabra con que los antiguos fisiólogos designaban la acción instantánea de los espíritus animales, en cuya virtud las diferentes partes orgánicas ejecutan los movimientos que el alma quiere imprimirles.

Actinocarpus, Bot. Planta que tiene el fruto radiado.

Actinocero, Hist. Nat. Género de pólipos inmóviles, dotados de un solo orden de palpos.

Actinocladión, Bot. Especie de hongo.

Actinocloe, Bot. Planta gramínea.

Actinodafne, Bot. Género de plantas lauráceas, originarias de la India.

Actinodo, Bot. Género de mirtáceas de Nueva Holanda.

Actinodonte, Bot. Género de plantas algáceas que se encuentran en la India.

Actinófilas, Bot. Planta originaria del Perú.

Actinófito, Bot. Nombre que se da á las plantas compuestas ó á aquellas cuyas flores están dispuestas en radios.

Actinofrida, Hist. Nat. Género de infusorios que presentan pestañas muy finas y muy muy largas.

Actinonemo, Bot. Género de hongos.

Actinope, His. Nat. Género de arácnidos.

Actinostomo, Hist. Nat. Que tiene la boca radiada, estriada en forma de radios.

Actinote, Bot. Planta herbácea de Nueva Holanda.

Actinotivos, Bot. Género de hongos.

Actitud, f. Situación, posición, postura || Modo de presentarse.

Activamente, adv. Con actividad, con diligencia, sin descanso || Gram. En sentido activo.

Activar, a. Apresurar, hacer obrar activamente, con celeridad.

Actividad, f. Fuerza, vigor || Diligencia, eficacia, prontitud, vivacidad en la acción || *Ponerse en actividad*, hacer obrar, ejecutar.

Activo, adj. Diligente, trabajador, laborioso || El que tiene la facultad de obrar || Eficaz, que produce su efecto con prontitud.

Acto, m. Acción de un agente, hecho, operación || Auto de juez, testimonio de escribano ó notario, instrumento público || *Teatro*, jornada de una obra dramática || En términos de escuela, se dice de la tesis que se sostiene || *Acto de comprobación*, lectura que se hace á un testigo de lo que ha declarado para saber si se ratifica || *Actos de los apóstoles*, libro canónico que contiene hechos de apóstoles.

Actor, ra, m. y f. El que ejecuta un hecho || El que en el teatro representa uno de los personajes de una obra dramática || Demandante, el que pide algo en justicia.

Actoro, Hist. Nat. Género de dípteros bracóceros.

ACOR

— 33 —

ACOR

Acordación, f. ant. Noticia, recordación.

Acordada, f. Carta acordada || En el foro se llama así toda carta ó provisión que contiene alguna resolución del tribunal superior comunicada al inferior || Comunicación que dirige el rector de una Universidad al de otra para averiguar si un cursante ha ganado ó probado tal ó cual curso ó asignatura en aquella á quien se dirige la comunicación.

Acordadamente, adv. m. Hacer una cosa con reflexión, con madura deliberación.

Acordadísimo, ma, adj. sup. de acordado.

Acordado, da, adj. Lo que se hace con acuerdo, con madurez || ant. El que procede con prudencia || Decreto del Tribunal por el que se ordena el cumplimiento de lo resuelto por él.

Acordamiento, m. ant. Conformidad, concordia.

Acordante, a. ant. De acordar || Se usa con la significación de acorde.

Acordantemente, adv. m. ant. Acordadamente.

Acordanza, f. ant. Acuerdo || ant. Memoria.

Acordar, a. Convenir ó resolver de común acuerdo, ó por mayoría de votos alguna cosa. || Determinar una cosa antes de mandarla || Comunmente se dice cuando el rey resuelve alguna cosa que ha de autorizar después con su rúbrica. || Hacer memoria á otro de alguna cosa || Pint. Disponer los colores de un cuadro de un modo que no disuenen || Concordar, convenir una cosa con otra || Caer en cuenta || Ponerse de acuerdo || Tomar acuerdo ó deliberación premeditada || Mús. Templar ó poner acordes los instrumentos.

Acorde, adj. Conforme, igual y correspondiente || En la música se dice de los instrumentos ó voces || Unión de varios sonidos musicales que forman armonía || Conforme y de un dictamen || Conjunto de sonidos producidos simultáneamente || Antiguo instrumento de música, que se usaba para tocar el bajo en la armonía || Hilo de latón en los caños de lengüeta del órgano, que según se eleva ó se baja hace variar la entonación || Se dice en pintura, de la debida armonía de los colores de un cuadro.

Acordelar, a. Medir un terreno con cuerda ó cordel || Poner una cuerda tirante en línea recta para sacar alineada una calle, un empedrado, etc.

Acordemente, m. De común acuerdo, uniformemente.

Acordeón, m. Instrumento musical, formado por una caja que encierra un fuelle, horadada en su parte superior por un cierto número de agujeros cerrados por llaves móviles, y con dos lengüetas metálicas libres.

Acordo, m. Instrumento musical provisto de quince cuerdas.

Acordonado, da, adj. En forma de cordón.

Acordonador, m. Máquina para imprimir el cordoncillo en el canto de las monedas.

Acordonamiento, m. Acción ó efecto de acordonar.

Acordonar, a. Formar un cordón de gente alrededor de un sitio || Pasar el cordón por los ojete y tirar de él para que el justillo se ciña al cuerpo.

Acores, m. Med. Erupección cutánea en la cabeza.

Acoresia, f. Med. Disminución de capacidad de los depósitos destinados á contener líquidos, como la orina, etc.

Acornado, adj. Se dice de los animales que llevan cuernos de distinto esmalte que el resto del cuerpo.

Acornar, a. ant. Cornear.

Acorneador, ra, m. y f. El que acornea.

Acornear, a. Dar cornadas.

Accorrar, a. Meter el ganado en sitios cerrados || Cerrar á alguno todas las salidas, encerrarle en límites estrechos || Cercar, apretar.

Accorrarse, r. Refugiarse, ocultarse en un rincón || fig. Intimidarse.

Accorrer, a. ant. Socorrer, venir en ayuda || n. ant. Recurrir, dirigirse á alguien para obtener un favor || ant. Hacer ruborizarse.

Accorrerse, r. Refugiarse.

Accorrimiento, m. ant. Acción y efecto de acorrer ó acorrerse || Socorro, asilo, refugio, asistencia.

Acorro, m. Accorrimiento.

Accorrucarse, r. Encogerse, ponerse en cucullas.

Acortamiento, m. Mengua, disminución || Atajo, hablando de un camino.

Rodríguez es el esposo de la vecina. Yo no puedo impedirle la entrada, porque ni pide permiso, ni ha hecho caso nunca de las observaciones de mi doméstica cuando le ha dicho:

—No pase usted, que el señorito está poniéndose la ropa vieja para retozar con la familia.

Más de una vez me ha sorprendido la presencia de Doña Genara estando yo á medio vestir, y tuve que precipitarme sobre el pantalón para ocultar mis desnudeces; pero ella no se fija en estos detalles.

—¡Ay, vecino! ¡Qué golpe acabo de recibir!—exclamaba días pasados introduciéndose de rondón en mi alcoba.

—Seré usted, Doña Genara.

—¿No le decía á usted que Rodríguez tiene otra? Pues sí, señor; la tiene ¡la tiene! Mire usted lo que le he encontrado en el bolsillo del gabán.

—¡Un besugo!

—Sí, señor; un besugo. ¿Quiere usted mejor prueba de que mantiene á otra mujer?

—No se acalore usted. Quizás ese besugo sea de algún amigo—dijo yo sin saber lo que contestaba.

Pero ella no oyó mi prudente razonamiento, y se puso á llorar con todas sus fuerzas, hasta que la dije que me estaba esperando un amigo para casarse, y que no podía detenerme. Entonces subió al cuarto piso para desahogar la pena en el pecho de una vecina; ésta había salido, y Doña Genara bajó hasta el portal, donde vi que le decía á la portera:

—Pues sí, señor; ya no tengo duda de que Rodríguez me falta.

—¡Parece mentira! ¡Un señor que tiene los ojos como dos huevos estrellados!—exclamaba la portera.

—Eso no impide que sea muy zalamero y muy gracioso... Estoy por ir á casa de esa mujer y romperle el besugo en la cabeza, para que se acuerde de mí toda la vida.

—¡Buenos granujas están los hombres! Haga usted lo que hago yo con el mío, que le escondo los pantalones para que no pueda salir sin que yo lo vea.

Doña Genara, como otras muchas mujeres que conozco, es de las que refieren á todo el mundo sus intimidades; y su carácter comunicativo la conduce hasta el punto de abrirle el pecho al aguador.

—¿Qué haría usted en mi caso?—le pregunta.

Y contesta el infeliz:

—Señurita, yo ando á mi obligación, y no me gustan los chismes.

—Ya veo que Rodríguez le ha sobornado á usted.

—Peru...

—Quítese usted de mi vista, y no vuelva á pisar esta casa, ¡so indecente!

Doña Genara era una persona razonable mientras no había cruzado por su imaginación el fantasma de los celos—como dice una poetisa amiga suya, que tiene estanco—pero ahora, desde que cree haber descubierto la infidelidad de su esposo, no hace más que pedir consejos á todo el mundo y celebrar conferencias con una bruja acreditadísima que echa las cartas

á precios módicos y da recetas para atraer á los hombres indiferentes.

—Póngale usted cinco pelos en la espalda mojados en vinagre—le dice la bruja;—pero debe usted esperar que él esté cortándose las uñas. Métale usted por un oído el mango de los zorros, sin que él lo note.

A pesar de estas recetas, que Doña Genara pone por obra inmediatamente, no consigue atraer á su esposo; y no tiene reparo en contar que él, al principio, era muy cariñoso, pero que después se fué enfriando, sobre todo desde que á ella se le cayó un colmillo estando comiendo en el café de las Columnas.

En el ramo de hombres, también hay comunicativos perniciosos que penetran en el tranvía y se encaran con usted para decirle:

—¡Caramba! ¡Qué diita hace hoy! Yo salí de mi casa con ropa de invierno, porque la de verano se la tuve que dejar á un teniente coronel amigo mío, que se quedó huérfano, y ha tenido que vender toda la ropa de paisano.

Usted que no conoce á aquel caballero, se limita á sonreír par pura fórmula, y baja la cabeza para ocultar el embarazo que le produce aquella inopinada familiaridad.

—Pues señor—sigue diciendo el hombre comunicativo—yo no sé cuándo va á concluir la cacería de los perros. Yo tengo uno que es de la edad de mi señora, y por eso le tenemos cariño, y el día que nos lo cacen los del Ayuntamiento, voy á hacer una barbaridad.

Al ver que nadie le contesta, se pone á tararear la canción de la perdiz, y después se levanta para ir en busca del conductor, á quien dice de buenas á primeras:

—¡Qué vida tan perra llevan ustedes!

—Algo, algo—responde el aludido.

—Mientras unos trabajan como animales, otros se pasean por Madrid con cinco duros en el bolsillo. Hay cosas que dan mucha rabia. Un pariente de mi señora, que es un granuja, fué á cazar el otro día y se encontró 97 duros dentro de una alpargata... Hágame usted el favor de parar frente á la casa de préstamos del núm. 5, que voy á ver si me quedo con una flautita; no piden más que cuatro pesetas, porque le faltan dos llaves y además está algo rota.



Se necesita toda la paciencia de un conductor, para no coger á aquel hombre comunicativo y echarle á la vía.

Yo soy bastante cachazudo y me precio de tener buen carácter; pero á estos comunicativos que abusan de la palabra, no les puedo resistir de ninguna manera.

LUIS TABOADA.

Los últimos estrenos.

ZARZUELA

El Dios Grande.

Zarzuela en un acto dividido en cuatro cuadros, letra de D. Manuel de la Puente, música del maestro Caballero.

Después de los unánimes aplausos del público y de la crítica, nuestra tarea es harto fácil: se limita á confirmarlos. Manolo de la Puente ha acreditado lo que todos sabíamos: que es un buen autor, y que podrá hacer más como literato que como empresario.

De su padre, el ilustre maestro Caballero, huelga también decir una palabra. En sus manos sigue el centro de la música española castiza, fácil, inspirada y libre de los plagios repugnantes y las imitaciones serviles que otros maestros, que se tienen por ilustres, no vacilan en realizar. *El Dios Grande* lo verá y lo aplaudirá todo Madrid, ó no hay justicia en la tierra.

MODERNO

Febrero loco.

Juguete cómico en dos actos, original de D. Emilio Mario

Puesto que como original lo da el autor, aceptémoslo como si lo fuera, y allá él se las avenga con su conciencia literaria. Y partiendo de esta base, confesemos con ingenuidad absoluta que la nueva obra tiene la gracia, no por arrobas, sino por quintales. Como gorda, si que lo es, pero como salada, también. Mario va á conseguir que en alguna de sus comedias (arreglos ó no) se muera la gente de risa. Es verdad que la compañía del Moderno ayuda mucho, y que el más exigente no podría poner un pero á la labor de los notables actores en *Febrero loco*. Y como todos estuvieron muy bien, terminaremos diciendo como el revisero famoso:

En la ejecución se distinguieron todos.

LARA

Pepita Reyes.

Comedia en dos actos, original y en prosa de los señores D. S. y D. J. Alvarez Quintero.

Siento con toda mi alma que el limitado espacio de que dispongo no permita dar á estas impresiones la extensión que yo quisiera y que merece la nueva obra de los Quintero.

Confieso á fuer de leal, que no estoy en modo alguno identificado con su manera de hacer, y que para mí el nervio de toda producción dramática lo constituye el asunto.

Hecha esta advertencia, que me pone á cubierto de toda sospecha de parcialidad á favor de los simpáticos escritores sevillanos, declaro ahora, que en mi juicio no hay ningún autor cómico español capaz de hacer lo que ellos hacen con tan suprema facilidad. *Entretener* la atención del público constantemente, provocar su risa cuando les place, conmovérle cuando lo tienen á bien, y todo ello sin que exista en sus obras la sombra de un argumento, es tarea reservada solo á espíritus privilegiados.

Aquel anhelo que se juzgaba platónico de romper los moldes teatrales, está ya realizado hasta la saciedad por los Sres. Quintero. Ni exposición, ni modo, ni desenlace; un trozo de la vida cualquiera les basta para crear una comedia; el día que menos se piense harán una obra maestra reproduciendo, por ejemplo,

la comida de una familia. Cualquier cosa. Para ellos todo es igual; convierten el barro en oro.

¿Cómo? Con su asombroso espíritu de observación, con su facilidad inimitable para el diálogo, con su gracia por nadie superada en la frase, con su soberbia firmeza en la pintura de los tipos.

Ni han tenido precursores, ni tienen imitadores, ni tendrán sectarios; su modo de hacer se extinguirá con ellos, porque es algo peculiarísimo, que no se aprende, ni se estudia, ni se hereda; se nace teniendo.

Prueba palpable *Pepita Reyes*. En tres palabras cabe su asunto; el más insignie escritor no hubiera escrito con él una cuartilla; los Quintero han hecho dos actos que al público le saben á poco, y saboréa con deleitación. Privilegio del genio.

¿Qué ocurre en la obra? ¡Nada! ¿Qué escenas culminantes tiene? Ninguna. ¿Qué pasiones se ponen en juego? No hay grandes pasiones. Y sin embargo, hace reír, llorar, y pensar; y se aplaude con entusiasmo.

Cierto que en ello tienen también su parte los actores, y que en Lara es casi imposible salir derrotado. ¡Qué maravillosamente dijo su papel la Sra. Ruiz! ¿Qué inspirada estuvo la señorita Dumus, y qué retahiladísima la Valverde! ¡Y ellos! Romea, Manolo Rodríguez, Santiago, Barrycoa, todos, se excedieron á sí mismos.

Así, pues, aunque el amigo Repide crea que al final de *Pepita Reyes* fruncía el ceño, confieso que pocas veces he salido más satisfecho que anoche de la representación de una obra teatral, y que me gustó toda, desde el principio hasta el fin.

No, no tiene nada que ver, para que en mis adentros dijera y diga: Si los Quintero quisieran poner todo su inmenso talento al servicio de una noble idea, de una finalidad elevada, ¡qué creación tan maravillosa podrían hacer!

JOSÉ RUIZ-CONEJO.

CHARADA

A una todo muy *dos tercía*
un *prima dos* la llevé,
sin saber que *dos primera*
vecina de mi mujer.

E. S. DE VEGA.

Solución á la anterior: **Acetre.**

ESTAFETA

Valladolid.—D. J. M.—Servido.
Teruel.—D. J. J. G.—Abonados 15 Abril.
Bejar.—D. R. A.—Idem id.
Morón.—D. F. M. S.—Recibidas 9 pesetas. Abonados los tres 15 Abril.
Guidiña.—D. J. A. C.—Servido. Todas las suscripciones se cuentan desde el 15 de Enero. En libranza, y cuando guste.
Escaray.—D. A. B.—Creo ya en su poder números.
Murcia.—D. A. G.—Se sirvieron. Como V. guste, y mil gracias por tanta atención.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

ACOT

— 34 —

ACRE

Acortar, a. Hacer más corto, menguar, disminuir || Atajar, abreviar || Separar una parte del todo || fig. Poner trabas.

Acorrullar, a. Mar. Colocar los remos dentro de la galera cuando el viento y el mar lo permiten.

Acorvar, a. Encorvar, dar forma curva á una cosa recta.

Acosador, ra, m. y f. Perseguidor || El que persigue al jabali con ardor, con encarnizamiento.

Acosamiento, m. Acción y efecto de acosar || Persecución obstinada || Acción de acortar ó acortarse || ant. Suelto, gajes.

Acosar, a. Perseguir con encarnizamiento de cerca sin dar reposo al perseguido, cazar las bestias feroces || fig. Importunar, fatigar, estrechar.

Acosmia, f. Negligencia, descuido en el arreglo de la persona || Med. Desorden, desconcierto, confusión, desarreglo en los días críticos de una enfermedad || Calvicie, alopecia.

Acosta, m. Bot. Arbusto de CochinChina || Planta del Perú || Mar. Orden de abordar ó acercarse.

Acostada, adj. Blas. Se dice de la barra que tiene á su lado otras piezas menores.

Acostado, p. p. De acostar ó acostarse.

Acostar, a. Meter en la cama.

Acostarse, r. Meterse en la cama || Perder el aplomo || Mar. Acercarse, aproximarse, abordar á la costa || fig. ant. Adherirse á la opinión, seguir el partido de alguien || *Acostarse la balanza*, colgar de un lado, perder el equilibrio || Min. *Acostarse la vena*, separarse de la dirección señalada, se dice de los filones de una mina.

Acostumbradamente, adv. Según costumbre, habitualmente.

Acostumbrado, da, adj. Habitado, familiarizado.

Acostumbrar, a. Habituar, familiarizar, hacer una cosa con asiduidad || n. Tener costumbre || r. Familiarizarse, habituarse.

Acotación, f. Limitación, plantación de mojones || Marca numérica para el orden de las piezas || Nota que se hace en el margen de un libro.

Acotamiento, m. r. Acotación || Equipo, adornos, trajes de los cómicos y también el decorado de un teatro.

Acotar, a. Limitar, cercar || Fijar, marcar, señalar || Anotar, numerar, foliar || Marginar, poner alguna advertencia en el margen de un escrito || fam. Aceptar, admitir || Tomar, aprobar, recibir bien || n. Tomar por testigo || *Acortarse*, r. Colocarse bajo la jurisdicción de otro tribunal, ampararse.

Acotillo, m. Gran martillo de fragua.

Acoyundar, a. Unir los bueyes bajo el yugo.

Acra, f. Geog. Nombre dado á varios pueblecillos ó fortalezas construidos sobre una altura.

Acracia, f. Med. Debilidad, impotencia.

Acrápalos, m. pl. Remedios para curar la borrachera.

Acrania, f. Anat. Ausencia parcial ó total del cráneo.

Acranto, m. Zool. Género de lagartos.

Acrasia, f. Med. Excesos de todas clases en la alimentación, la bebida, los placeres, etc.

Acre, adj. Agrio || fig. Aspero, enfadoso.

Acrea, Zool. Género de lepidópteros diurnos.

Acrebite, m. Azufre.

Acrecencia, f. Aumento, crecimiento || Aumento de los derechos de presencia en los capitulos eclesiásticos.

Acrecentado, da, adj. Engrandecido, aumentado.

Acrecentador, ra, m. y f. El que acrecienta.

Acrecentamiento, n. Acción y efecto de acrecentar || Aumento, engrandecimiento, crecimiento.

Acrecentar, a. Crecer, aumentar, engrandecer || Desarrollar, extender || *Acrecentarse* r. engrandecerse, aumentarse.

Acrecer, a. ant. Aumentar, acrecentar.

Acrecimiento, m. ant. Acrecentamiento.

Acreditado, adj. Abonado, autorizado.

Acreditar, a. Autorizar, abonar || Sentar una cantidad en el crédito ó haber de una cuenta. || Probar, hacer ver || Dar curso, autorizar || *Acreditarse*, r. adquirir crédito, reputación ||

ACRI

— 35 —

ACRO

Hacerse pasar por algo, v. gr. *acreditarse de loco*, obrar como tal.

Acreeador, ra, m. y f. La persona á quien se debe dinero || Digno.

Acreer, a. Prestar con garantía ó sin ella.

Acremente, adv. Con acritud, con aspereza.

Acremonión, Bot. Género de setas.

Acribadura, f. La acción de cribar.

Acribaduras, f. pl. El residuo del grano cribado.

Acribar, a. Cribar, pasar el grano por la criba || fig. Agujerear alguna cosa hasta dejarla como una criba.

Acribillar, a. fig. Llenar de heridas, cubrir de golpes || Molestar, atormentar, importunar.

Acridia, f. Zool. Insecto, saltamontes.

Acridiano, adj. Lo que se parece á un saltamontes.

Acriminable, adj. El que puede ser acriminado.

Acriminación, f. Acusación, imputación de un crimen.

Acriminado, p. p. de acriminar.

Acriminador, ra, m. y f. El ó la que acrimina.

Acriminar, a. Exagerar, agravar un crimen. || ant. Acusar á alguien de un crimen || Envenenar una relación, un proceso, etc.

Acriminoso, adj. Agrio, punzante, áspero, corrosivo.

Acrimonia, f. Acritud || fig. Aspereza en el modo de hablar.

Acrimoniadas, f. pl. Bot. Nombre dado á una familia de rosáceas.

Acrinia, Disminución ó ausencia de secreción.

Acrisis, f. Med. Término de una enfermedad sin crisis patente.

Acrisolación, f. Acción de quitar las brozas del oro mal fundido.

Acrisolado, adj. Afinado, limpio || Se dice de una reputación, de un nombre sin mancha.

Acrisolar, a. Afinar, limpiar, pulir || Quitar las sueltes del oro por medio del buril || Poner bien á las claras la verdad, la virtud, etc.

Acristianado, adj. Hecho buen cristiano, piadoso, bautizado.

Acristianar, a. Bautizar, inculcar los principios de la religión cristiana.

Acritico, adj. El que no es crítico.

Acritud, f. Acrimonia, cualidad de agrio, acidez.

Acrobapto, Zool. Que tiene una mancha parada en el extremo de las alas.

Acrobata, m. y f. Titiritero, volatinero || El que se dedica á ejercicios corporales.

Acrobático, ca, adj. Perteneciente á los acróbatas || Especie de máquina para levantar fardos.

Acrobistia, f. Anat. Extremidad del prepuccio.

Acroceraunios, Montes del Diablo, montes muy altos del Epiro.

Acrocero, Hist. Nat. Género de dípteros vesiculosos.

Acrocordo, Zool. Género de serpientes de la Nueva Guinea, que tienen escamas en forma de verrugas.

Acrocordón, m. Med. Especie de verruga ó lupia pediculada || Verruga de los párpados, cuya base es estrecha y se prolonga como la extremidad de una cuerda.

Acrocolias, f. pl. Las extremidades de los animales, de las cuales se usa como alimeto.

Acrócomo, adj. Hist. Nat. Especie de palmeras de la Guyana.

Acromático, adj. Sin color, sin iris.

Acromial, adj. Que pertenece ó es propio del acrómon.

Acromio-humeral, m. Nombre de un músculo que va del acrómon al húmero, llamado también Deltóide.

Acrómon, m. Eminencia superior del omoplato, que recibe la clavícula.

Acrónfalo, m. Extremidad del cordón umbilical.

Acrónico, adj. Astr. Salida acrónica, se dice de un astro que sale al ponerse el sol.

Acropatía, f. Enfermedad en una extremidad cualquiera del cuerpo.

Acropático, adj. El que padece acropatía.

cilmente el área de las superficies y la solidez de los cuerpos, buscando el punto de equilibrio entre los componentes, los cuales forman una progresión de diferencias infinitamente pequeña.

Sin duda que no hay cosa más interesante que este estudio de las progresiones; pero más ingenioso es todavía el que hacía de ellas en 1644 el gran *Pascal*. Inventó este punto de unión de las progresiones aritmética y geométrica, formando de su unión un triángulo que llamó *triángulo aritmético*, el cual tiene diferentes propiedades excelentes, siendo la principal de ellas el dar calculada la combinación de los números.

Estas invenciones empujaron á muchos matemáticos en el estudio de las razones de los números á fin de facilitar el cálculo. Mr. *Weigel*, profesor de Matemáticas en Ginebra, creyó que podría hacer más sensible este arte por medio de solo tres caracteres, y en el año de 1687 publicó una Aritmética con el título de *Aritmética tetráctica*, llamándola así porque solo se sirve de los caracteres 1, 2, 3 y 0, y no cuenta más que hasta cuatro, como nosotros contamos hasta diez en la Aritmética común.

Con estos solos caracteres hace *Weigel* las mismas operaciones que se hacen con diez; esto es, la adición, la sustracción, la multiplicación y la división, ó lo que es lo mismo, sumar, restar, multiplicar y partir. Todo el arte de esta Aritmética consiste en mudar los números comunes en números tetrácticos, como se hace fácilmente por la comparación siguiente:

El mismo *Leibnitz* lo confiesa; la práctica con los diez es más breve, y los números son más cortos, y aun pretende que sería todavía más fácil contar por doce ó por diez y seis; pero asegura que el cálculo por dos, esto es, por 1 y 0 ó 0 y 1, en compensación de ser más largo, es más fundamental para la Aritmética, y muy á propósito para facilitar nuevos descubrimientos, así en la práctica de los números como en la Geometría, porque reducidos los números á los principios más sencillos como 1 y 0, 1 y 1, y 0 y 0, los cálculos reinarán en un orden maravilloso (1).

Esta idea de *Leibnitz* no tuvo séquito, y la Aritmética binaria no ha hecho más progresos. Los matemáticos se contentaron con hacer diferentes aplicaciones de la Aritmética común á los usos ordinarios de la vida civil. De aquí se han originado dos géneros de aritméticas, á que han dado el nombre de *Aritmética de cálculo* y *Aritmética divinatoria*.

La primera es el arte de contar con fichas ó tantos, y consiste en disponer estas fichas de cierto modo que expresen números enteros ó quebrados; esta es una curiosidad aritmética que no contiene novedad ninguna para el arte del cálculo.

Lo mismo sucede con la Aritmética divinatoria, en que solo se trata de hacer algunas operaciones de la Aritmética común. Todo consiste en exponerlas de

(1) Memoria de la Academia Real de las Ciencias, año de 1703, pág. 107.

—¿Dónde está ahora la ronda?—preguntó con voz sofocada.

Mateo adivinó el trabajo que se realizaba en aquel pequeño cerebro, y quiso sacar partido.

—No sé por dónde andará, pero podemos encontrarnos con ella de manos á boca, y si tú no me dices cómo te llamas...

—Me llamo Gino Lauretti.

—¿Lauretti? No conozco á nadie de ese apellido—pensó Mateo, meditando breves instantes, sin distraerse para no perder la ocasión oportuna.

El niño temblaba ligeramente. Mateo caminaba rápido á la luz de la luna, algo cansado con aquel peso insólito, y nuevamente olvidado de sí.

—Conque te llamas Gino Lauretti. ¡Bravo! ¿Y tu papá se llama Antonio?

—No, Andrés.

—¿Ahí? ¿Andrés? ¿Y mamá?

—Mamá se murió. Mateo comenzó á vislumbrar la cosa aunque continuamente.

—¿Y los hermanos y las hermanitas?

—¡No los tengo! ¡no, no los tengo!—exclamó el niño con energía, é irguiéndose, y sus grandes ojos brillaron.—*Ella* dice que Laurita es mi hermana, ¡pero no es verdad, no es verdad! Es fea Laurita, y también *ella me pega*. ¡Yo no la quiero!

Mateo escuchaba atentamente, caminando mientras. Había en las palabras del niño toda una historia de

dolores. ¿Quién era *ella*? ¿La madrastra? Juzgó oportuno dejar que el pequeño dijese cuanto quisiera sin interrumpirlo.

—Cuando está papá *ella* se calla, ó dice riéndose que yo soy malo; y papá entonces me grita, y yo tengo miedo, y no digo nada. Luego que sale papá, *ella* se pone á chillar, y dice que es el ama, y me pega y me encierra en lo oscuro. Después dice: juega con Laurita, con tu hermana, pero yo no quiero porque me araña, ¿sabes? y dice que la sierpechilla es suya. Yo le digo: tú eres la hija de la doncella y yo soy el hijo de papá. ¡Yo soy el amo! Y ella dice, y yo el ama, porque mi mamá manda aquí. ¡No, tú eres la hija de la doncella, y el amo soy yo! Pero yo soy tu hermana. ¿Tú? ¡tú no me tocas nada; vete, vete á la calle, yo no te puedo ver, yo no te quiero! Entonces me araña y dice que la he arañado yo. Entonces viene *ella* y me pega y me encierra en lo oscuro...

—¿Quién es *ella*? ¿Laurita?

—No, *ella* es Luisa, la madre de Laurita.

—¿Lleva delante blanco *ella*?—preguntó Mateo para asegurarse de si *ella* era todavía criada, ó de si el padre de Gino la había hecho su mujer.

—Lo lleva cuando hay gente de fuera.

—Perfectamente. ¿Y qué más?

—Papá se ha marchado el otro día diciendo que tardará en volver. Entonces Laurita ha dicho: ahora soy el amo, y se la puestó á correr por encima de las sillas golpéandolas con la fusta, y me ha cogido mi ca-

una estrella, que se va, á todo un sol que amanece? Yo así, que ciego vivía de amor, cuando no te amaba, como ciego, imaginaba cómo aquel amor sería; adoraba lo que vía, presumiendo que era así el amor; mas ¡ay de mí! que no ví al sol, ví una estrella, y entretenime con ella, hasta que el sol mismo vi. Eso no; pues si me doy por entendida contigo, que Nise fué mi sol digo, y que yo su estrella soy. ¡Prueba! pues si yo estoy contigo la noche fría, y ella de día te envía á llamar, y estás con ella, ¿quién será el sol ó la estrella? ¿Cuya es la noche ó el día? ¡Vive Dios, Laura, que son enganosos tuos, y plegue al cielo, que si la he visto, que un rayo me dé la muerte, desde que á Océana vieste! ¿Qué más desenganos quietes de lo que cuenta de mí, que escuchar que ella lo cuenta, pues es el mayor desaire del duelo de las mujeres, contar sus celos, donde lo escucha de quien los tiene? Yo sé que han sido verdades, y no enganos aparentes.

—Yo—interrumpió la astuta griega—no me atrevería á aspirar á tan alto honor. Me contentaría con ver desde la puerta el magnífico efecto de esta admirable

pródigo ó más recientemente.

—¡Cuánto daría mi noble ama—dijo la negra—por hallarme en el *triclinium* cuando entréis, para presentarle la impresión que producirá en los convidados este nuevo *sibium*! Muchos ensayos me ha costado para lograrle tan perfecto; pero estoy segura que jamás se ha visto en Roma cosa que se le asemeje.

—Yo—interrumpió la astuta griega—no me atrevería á aspirar á tan alto honor. Me contentaría con ver desde la puerta el magnífico efecto de esta admirable

Fer. ¿De qué lo sabes? De que es mal que á mí me suceda, y no puede ser mentira; porque de los males suele decirse, Félix, que fueron astrólogos excelentes, porque siempre adivinaron, y dijeron verdad siempre.

Por lo menos, ya confesas que son celos, y los stantes. Si me estás dando tormento, ¿es mucho que los confiese? Si tanto aprician fingidos, ¿cientos, ¿qué?... Mi señor viene. Vete por aquea puerta de esotro cuarto, pues tiene puerta á la calle.

Fel. ¿cómo quedamos? Como quisieres. Fer. Yo quiero desengañada... Laur. A verme esta noche vuela, que quiero verte esta noche, aunque de Nise me acuerde. Fel. ¡Ay, Laura, cuánto te engañas! Laur. ¡Ay, cuánto me agravias, Félix! Fel. ¡Ay, cuánto no sirve una casa que dos puertas tiene!